

ciados son su víctima; y si este retrato no basta aun para destruir esta injusta pasión, id á su raíz, y sabed de San Agustín, que ella no tiene otra que la presunción de vosotros mismos. Sufocad la madre, para hacer morir la hija; dice este gran Doctor. Haya menos deseos de sobresalir y de distinguirse por la pompa de los vestidos, y se verá sin envidia el lujo de esas almas vanas, de esas víctimas infortunadas, que rien y retozan cuando van al matadero, y que tienen menos admiradores en su magnificencia, que censuras de sus aires bizarros, y de su necia afectación. Adhierase cada uno á la dulce mediocridad de su fortuna, y la elevación del otro no le causará suspiros; hagase todo sin vanidad, y todo se hará sin envidia.

Después de estos remedios y de estos avisos que Jesucristo os dá por mi boca á los envidiosos, ¿habrá sido mi sermón un concierto dado á un sordo? Si fuese así, levantemos todos la voz y gritemos contra ellos. Digámosles con San Judas: *Vae illis! quia in via Cain abierunt*; infelices retoños de Caín, ay de vosotros perdidos cainistas, que andais el camino de vuestro padre; infelices vosotros, mercaderes, que no veis sino con sentimiento los progresos y buena fortuna de vuestros vecinos; infelices potentados, que llorais la elevación de vuestros rivales como vuestra propia ruina; infelices hipócritas, que llevais con tanta pena que otros parezcan mas santos que vosotros. Pero ¡Dios mio! detened estos infortunios; desterrad estos bajos sentimientos de mis oyentes; estableced en sus corazones la

caridad, para que después de haberós servido sin envidia sobre la tierra, os posean lo mismo en el cielo. Amen.

## SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

IDEA. LA PASION DE CRISTO RENOVADA EN TODAS SUS CIRCUNSTANCIAS POR LA COMUNION INDIGNA.

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam* (Matth. 21. v. 5).

Los oráculos de los Profetas, las apariciones del Señor á los Patriarcas, los signos y figuras de la ley, anunciaban mucho tiempo antes á la infiel Jerusalem, que su Salvador y su Rey no habia de tardar mucho en manifestarse á su vista. El mismo Precursor, aquel ángel del desierto, se habia ya dejado ver en las riberas del Jordán, para disponerle los caminos y decir á su pueblo: vedle aquí: y Jerusalem no tenia excusa, si no le recibia como á su Rey y Señor. Con todo eso, esta venida tan deseada de los justos, y tan esperada por tantos siglos, en vez de hacer renacer la alegría en aquella ingrata Ciudad, la pone en una universal conmoción. Toda ella se conmueve al entrar hoy triunfante el Hijo de Dios. Los sacerdotes y fariseos, testigos de algunas aclamaciones de las almas fieles, se turban interiormente; les parece que es un tirano que

viene á destruirlos, y no un rey pacífico que viene á darles libertad. Solamente un corto número de almas fieles sale á recibirle fuera de la ciudad, con demostraciones de júbilo, esparciendo ramos de los árboles para adornar el camino.

Esto es lo mismo que aun hoy sucede entre nosotros; desde el principio de la cuaresma no ha cesado la Iglesia de intimarnos que se acerca el Rey de la gloria, y que viene á darsenos á nosotros para ser nuestra Pascua. El haber establecido estos dias de penitencia que van ya á acabarse, no fue mas que para disponernos á recibirle por medio de la santa comunión: hoy para avivar nuestros deseos, nos anuncia que ya por último se acerca, y está para manifestarse á nosotros. *Dicite &c.* ¿Y qué impresion hace entre vosotros esta nueva tan feliz? os turba, os congoja, porque se acerca el plazo de haberos de llegar á la sagrada mesa, para recibir á este soberano Rey, estando con una conciencia nada buena. Para infundiros horror á comulgar sacrílegamente, voy á probaros esta sola proposición: la pasión de Jesucristo renovada en todas sus circunstancias por la comunión indigna.

#### PARTE ÚNICA.

Es preciso ser Santo, para recibir al Santo de los Santos. ¿Pues qué es lo que hace el cristiano que sin tener esta perfección, intenta participar de aquel cuerpo Sacrosanto? Lo diré: ¡Dios mio! tal hombre realiza una traición mucho peor que la de Judas. Solamente á los pérfidos judíos en-

tregó este mal discípulo á su Divino maestro; pero el que comulga indignamente ¿no le entrega al mismo demonio y á los moradores del infierno? Así es; y sino decidme: el que comulga indignamente, ¿no es actual esclavo del demonio? Sí, es una verdad de fe. Satanás reina con imperio en aquel corazón reprobado. Y Jesucristo no entra allí, sino para ver ocupado su trono por su mayor enemigo. Me parece ver á este gran Dios en el fondo de esas grutas infernales de la iniquidad, de esas conciencias corrompidas, arrastrado á los pies de Satanás, y oír de aquellas bocas detestables blasfemias horrorosísimas.

Este sacrílego hombre quiere insultar, ó Dios mio, á vuestra suma santidad, oponiendos al enemigo mas irreconciliable que teneis en el mundo, colocándole no en igualdad de esfera con Vos, sino dándole una especie de superioridad que ensoberbece á ese protervo enemigo: quiere usurparos el respeto que se debe solamente á Vos, disputaros todos vuestros derechos, haceros frente con toda la obstinación que puede inspirarle el demonio, que es quien fortalece el imperio que el pecador le ha dado sobre su corazón.

Pecadores indignos, que entregais á Jesucristo, no como Judas á la sinagoga, á los sacerdotes y fariseos; pero sí á aquellas mismas pasiones, por quienes aquellos viles enemigos estaban enfurecidos contra el Salvador. En verdad, por el tiempo de Pascua no se omite diligencia para engañar al confesor. Con los malos hábitos en el alma, y con señales hipócritas en el cuerpo, llegan estos malditos cristianos, como el pér-

fido discípulo, á darle ósculo de falsa paz á Jesucristo. Ahí teneis, pues, señores, al que ha de venderos: ahí está ese hombre humilde con apariencias fingidas, ese demonio con el vestido de santo; ahí está ese padre olvidado enteramente de sus hijos, esa madre que prostituye á sus hijas; ese juez, ese repúblico, ese abogado, ese labrador, ese artesano, que descuidan en el cumplimiento de sus deberes. Ahí está, Dios mio, esa muger profana, esa doncella insolente, que se llegan á vuestros altares con los mismos atavíos que si fuesen á un teatro. Ahora vienen, Señor, de hacer una confesion sacrílega, de engañar al Profeta á quien fueron á consultar; ¿Judas hizo cosa mas indigna?

El que comulga indignamente, dice el Apóstol San Pablo, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Renueva el deicidio de los judíos: deshonra el mismo cuerpo y sangre que profanaron aquellos sayones: hace á este cuerpo y sangre cuantos insultos hicieron aquellos malos ministros: en cuanto está de su parte, crucifica de nuevo á Jesucristo, y renueva todas las circunstancias de su pasion dolorosa, dice un célebre escritor: hay todavía mucha mas malicia en una comunión indigna, que en el pecado que cometieron los judíos. Jesus solo fue entregado una vez á la muerte por la barbarie de aquellos malvados; y vosotros, cristianos profanadores, ¿no le habeis dado mil veces el golpe de la muerte? entonces era pasible y mortal; y ahora que está revestido de gloria inmortalizada, ¿cuán execrable será vuestro atentado? Entonces desenfrenados sus enemigos, ignoraban que él era el Jesucristo deseado; pues si ellos le hubieran conocido, dice San Pablo, jamás hubieran puesto sobre él sus manos homicidas: y vosotros instruidos de nuestros misterios, que le confesais presente por la fe, haceis los mayores esfuerzos para darle muerte, al mismo tiempo que él os busca para daros la vida.

De aquí es que Jesucristo es mas sensible al atentado sacrílego del que comulga indignamente, que al crimen que cometieron los judíos en su muerte. No os engañeis: al darnos la Iglesia alguna idea de las prerogativas de Jesucristo, quiere hacernos comprender, que cuanto menos le consideramos nosotros en la alta sublimidad en que se halla, somos menos dignos de perdon; que nuestra profanacion toma como un nuevo grado de malicia, á proporcion que aquel á quien nosotros ofendemos, toma como un nuevo grado de grandeza y elevacion; pero ¿qué consigue con esto la Iglesia? ¿qué nos representa este cuerpo sagrado? ó como el Santuario de la divinidad, ó como la víctima ofrecida por nuestros pecados, ó como el objeto de las complacencias del Señor; pero al parecer, es inútil lo que nos habla, y puede ser que digais vosotros, que no miramos ya este cuerpo como cuerpo de un Dios, supuesto que nos cuesta tan poco el profanarle.

Así, señores, conozcamos de una vez que la malicia del que comulga indignamente, es mucho mayor que la de los mismos judíos. Varias circunstancias os probarán esta expresion. Jesucristo saciado de oprobios en el calvario (segun

la expresion del Profeta) sufriendo la muerte mas violenta y dolorosa; Jesucristo espirando en medio de baldones é ignominias, no estuvo sin pompa, sin esplendor. La naturaleza vestida de luto lloró su pérdida, y las criaturas mas mudas se enternecieron y lastimaron de sus desventuras. Aquí varía la escena: aquel á quien San Pablo llama no solo Dios fuerte, sino la misma fuerza de Dios; aquel en cuya presencia los querubines y serafines se cubren los rostros, yo le veo insultado con orgullo y osadía, sin que el sol retire como en otro tiempo su luz, por no ver tan sacrilego desacato, ó sin que las piedras del altar se hagan pedazos, como se vió en otro tiempo rasgarse el velo del templo en la muerte del Salvador.

Jesucristo hospedado en esos cuerpos delinquentes, puede quejarse con mas justo título que sobre la cruz, de ser abandonado del cielo y de la tierra; pero digamos algo que sea mas decisivo. Los judíos crucificaron á Jesucristo, ¿pero le miraban ellos como al Señor de la gloria? ¡Ay de mí! su ignorancia fue su mayor crimen, dice San Pedro: ellos no saben lo que hacen, dijo Jesucristo: si ellos le hubieran reconocido por su Mesías, no le hubieran dado muerte; exclama San Pablo. Pero vosotros, profanadores atrevidos, cuando vais á sentaros á la sacratissima mesa, ¿ignorais quién es el que se os presenta?

el ¿Qué os dice el sacerdote antes de daros la comunión? este es el cordero de Dios: este es el que borra los pecados del mundo: este es un cordero, es verdad; pero es el cordero de Dios, y tiene en sí toda la justicia y santidad: no está en el

altar, sino para borrar los pecados del mundo: luego no está allí para autorizar el sacrilegio, que es el mayor de todos los pecados. Señor, habeis dicho vosotros muchas veces dandoos golpes de pechos, convencidos de la presencia real de Jesucristo, y asustados de su infinita grandeza; yo lo confieso en presencia del cielo y de la tierra: yo no soy digno de que vengais á mi pobre morada.

Impíos, ¿qué es lo que acabais de decir? vuestra misma boca pronuncia la sentencia; sois indignos de recibir á vuestro Dios, no por aquella indignidad comun de todos aun los mas Santos, sino por aquella indignidad personal, que no puede convenir sino á los mas declarados pecadores. Vosotros haceis insolentemente esta confesion á Jesucristo, y no retrocedeis de su altar; nada os contiene. Pues ea, ministros del Santuario, sacerdotes del Altísimo, ungidos y cristianos del Señor, deteneos: no coloquais al Autor de la santidad en bocas tan inmundas y profanas: libradme, exclama este gran Dios por boca de su Profeta, de esas manos injustas, y de esos hombres llenos de pecados.

Temed las iras de un Dios justiciero y vengador contra los que abusan de su cuerpo y de su sangre; contra los que renuevan impiamente su dolorosa pasion. Los males que predijo á los judíos se cumplieron á la letra; y siendo nosotros mas culpables por una comunion indigna, que Israel por la muerte del Mesías, ¿seremos mas disculpables y perdonados? desengañémonos: el rayo se formó en el calvario para castigar al

pueblo deicida: sobre el altar se forma la tempestad que ha de caer deshecha en rayos sobre la cabeza del pecador sacrilego: oid á San Pablo: yo rezelo, decia á los de Corinto, que reinan entre vosotros enfermedades y languideces; que una muerte pronta é imprevista ha de causar la desolacion en medio de vuestras familias.

Asombrados de estas desventuras ¿queréis saber la causa? id pues á vuestros templos; allí es donde la halláreis: comeis el Pan de los ángeles con tan poco respeto, como si comieseis un pan comun; este es el desórden, pues temed atónitos el castigo. Pero entonces, léjos de profanar la sangre de Jesucristo la mayor parte de los fieles, derramaban ellos mismos su propia sangre por la gloria de Dios, y la sagrada Eucaristía hacia muchos menos sacrilegos que mártires. Hoy que el desórden es mas comun, ¿el azote será menos fuerte? No, no por cierto; las pruebas son de bulto. Madre afligida, pides á Dios ese hijo: esposa inconsolable, lloras ese esposo amado: tierno y fiel amigo, tú echas menos ese amigo digno de tu memoria: no hay familia en este pueblo, que no tenga motivo de derramar lágrimas; mil caen á tu lado: diez mil se ven derribados á tu diestra. Hombres de poca fe, que lo atribuis todo á la casualidad; bajo el reinado de la Providencia, abrid los ojos, romped la nube que os oculta la mano que os castiga con golpes tan terribles: la comunión indigna es causa de vuestros males, y no es mucho que así proceda el Señor con los que á semejanza de los judíos le crucifican de nuevo, como os acabo de manifestar.

Ea, pues, desventuradas criaturas, no olvidéis que el demonio se apodera del que comulga indignamente. Si morís, temerarios profanadores del cuerpo y sangre de Jesucristo, en tan terrible momento, ¿qué podeis esperar? ¿qué hareis para libraros del castigo? nada. Pero ahora que podeis hacerlo ¿qué debereis hacer? Lo que hicieron aquellos judíos á quienes San Pedro reprendió la muerte de Jesucristo y se dejaron tocar de la reprehension. Grande Apóstol, exclamaron conmovidos, ¿cuál es el remedio? ¿no está ya todo perdido? No, hermanos míos, respondió aquel zeloso Ministro; haced penitencia, convertiros, y de este modo borrareis vuestro pecado: oid pues, amigos de mi corazon, penetrado de los mas vivos sentimientos de afecto hácia vosotros, os suplico, que á imitacion de los fieles hebreos, prepareis los caminos al Señor con palmas y ramos, con triunfos del pecado, y con coronas de virtudes. Cantad llenos de compuncion: gloria sea dada á el Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Si así lo haceis, si expiais vuestras conciencias, si os haceis dignamente participantes de aquel convite celestial del Señor, os llenará con sus dones, y os concederá su gloria.